

ASENTAMIENTOS FORTIFICADOS Y CONFLICTO EN EL VALLE DE ACARI, PERÚ

Por:
Lidio M. Valdez,
MacEwan University – Canadá

Ponencia preparada para el Simposio: La Materia de la Violencia: Reconociendo
Arqueológicamente la Violencia en las Sociedades Complejas Andinas.
V Reunión de Teoría Arqueológica en América del Sur
Caracas 21 al 25 de junio, 2010.

Resumen:

El conflicto es un hecho universal; sin embargo, sus orígenes y sobre todo su variabilidad de una región a otra siguen siendo poco conocidos. Este trabajo tiene por objetivo discutir el caso específico del valle de Acarí, en la costa sur del Perú, donde recientes estudios arqueológicos vienen demostrando que los inicios del periodo Intermedio Temprano (ca. 50 a.C. – 350 d.C.) fue caracterizado por la violencia. Por un lado, la evidencia arqueológica que denota violencia en este valle está manifestada mediante la presencia de asentamientos provistos de sistemas defensivos. Por cuanto asentamientos diseñados para la defensa no existieron con anterioridad en este valle y en toda la costa sur, la evidencia proveniente del valle de Acarí provee una excelente oportunidad para visualizar los orígenes del conflicto en esta región. Por otro lado, el reciente hallazgo en Acarí de decenas de cuerpos con indiscutibles signos de haber sido decapitados, confirma que los inicios del periodo Intermedio Temprano fueron convulsionados. Por último, la evidencia proveniente de Acarí permite sostener que las así llamadas ‘cabezas trofeo’ son resultado directo de las acciones violentas en las que los residentes de los varios asentamientos de este valle fueron partícipes.

El conflicto tiene una historia bastante larga, tan larga como la misma historia de la humanidad. Motivados por muchas razones, diversos grupos humanos a menudo se han visto envueltos en la violencia de diversa magnitud y de consecuencias frecuentemente lamentables. Aparte de la obvia pérdida de numerosas vidas humanas, el convencerse no sólo a uno mismo, sino también a muchos otros de que la violencia es justificable desde todo punto de vista, es algo universal. Con esto, no es mi intención justificar la violencia. Más bien, mi propósito es reflexionar sobre el tema, y sobre todo trazar sus raíces para el caso específico de la costa sur del Perú [DOS].

Reconozco que es posible que no todas las formas de violencia que se dieron en el pasado estén manifestadas materialmente y que sean identificables por los especialistas como pruebas del conflicto. Sin embargo, es imprescindible determinar *cuándo* se hacen presentes las primeras manifestaciones tangibles que denotan la violencia. A su vez, es de vital importancia proveer pruebas tangibles, pues la arqueología es más que la especulación. Para el caso específico de la costa sur del Perú, un buen número de especialistas han relacionado a las cabezas trofeo Nasca [DOS 2] con la guerra. Por ejemplo, Donald Proulx (1971) anotó en más de una oportunidad que las cabezas serían de los enemigos combatientes, quienes una vez vencidos fueron decapitados y sus cabezas llevadas como trofeos de guerra. Del mismo modo, John Verano (1995) ha concluido que el hecho que buen número de las cabezas trofeo pertenecen a individuos masculinos y jóvenes, es consistente con la guerra. Estas son observaciones bastante generales que tienden a percibir a las cabezas trofeo como un fenómeno constante que no varió de un valle a otro y de un tiempo a otro.

Sin embargo, al discutir el conflicto, muchos prefieren utilizar más de una variable (Arkush & Stanish 2005), y esta incluye la presencia de instrumentos de guerra, asentamientos fortificados, espacios vacantes, además de esqueletos humanos con claras evidencias de lesiones

sostenidas en un contexto violento. Para el caso Nasca, aparte de las cabezas trofeo, nadie ha presentado pruebas arqueológicas que demuestren que algo identificable como la guerra ocurrió en la costa sur durante el tiempo de existencia de la cultura Nasca. Por ejemplo, no existe un sólo asentamiento Nasca temprano que sea identificado como una fortificación (Silverman 2002; Van Gijsegem & Vaughn 2008). En su lugar, muchos de los asentamientos Nasca fueron pequeñas villas distribuidos esparcidamente a lo largo del curso de los ríos (Conle & Schreiber 2006).

En contraste con la evidencia proveniente del coro del desarrollo de la cultura Nasca, la información disponible del valle de Acarí es distinto [TRES]. Efectivamente, desde el inicio de las investigaciones arqueológicas efectuadas en Acarí, los especialistas han resaltado el aspecto fortificado de los sitios del periodo Intermedio Temprano de dicho valle. Sin excepción alguna, los sitios del valle de Acarí [CUATRO] están encerrados por grandes muros, los mismos que fueron identificados por primera vez por John Rowe (1963) como fortificaciones hace más de cuatro décadas atrás. En la opinión de Rowe, la población del valle de Acarí se habría visto en la necesidad de construir sistemas defensivos contra la amenaza expansiva de la cultura Nasca, que por entonces fue referido como una cultura militarista.

Investigaciones más recientes en Acarí vienen confirmando que los asentamientos establecidos a inicios del periodo Intermedio Temprano en este valle fueron provistos de grandes barreras físicas [CINCO]. Dichas barreras, identificables como fortificaciones, varían de un sitio a otro, aunque la idea central fue construir obstáculos para prevenir cualquiera ofensiva enemiga. En primer lugar, piedras transportadas desde las orillas del curso del Río Acarí constituyeron el principal material de construcción. En segundo lugar, adobes de diferentes formas y tamaños habían sido preparados para edificar los sistemas defensivos. De este modo, utilizando piedras y adobes se levantaron por lo general dos muros paralelos [CINCO 2], dejando un vacío en la parte

intermedia. Una vez que la construcción de los muros fue completada, el vacío entre los muros había sido rellenado con cascajo extraído de la parte inmediatamente exterior del muro. Es así como se llegaron a establecer las barreras artificiales que todavía encierran a cada uno de los asentamientos de Acarí.

No obstante que las construcciones parecen ser simples, su edificación debió haber requerido la masiva participación de trabajadores. Por ejemplo, el recojo y traslado de las piedras debió haber sido una tarea posible de completar sólo con la masiva participación de una inmensa mano de obra. Del mismo modo, el remover la tierra, trasladar el agua para preparar el barro y finalmente elaborar los adobes debió igualmente haber constituido una ardua tarea, difícil de completar sin la necesaria mano de obra. Por ejemplo, para el caso específico de Tambo Viejo [SEIS], fotos aéreas tomadas antes de 1954 ilustran que al lado oeste del sitio habían tres muros paralelos orientados de norte a sur, dos de los cuales extendiéndose por más de 600 metros. De estos actualmente sólo queda un segmento del muro más pequeño, mientras que los muros más largos han sido del todo destruidos. En conjunto, estas son obras de semejante magnitud y que cuya construcción posiblemente implicó el desgaste de valiosos recursos y energía humana.

Otros sitios habían sido establecidos en lugares de protegidos por barreras naturales [SIETE] y dotados de amplia visibilidad. Además de dicha particular ubicación, el sitio estaba dotado de varios muros [SIETE 2] periféricos construidos al parecer para proteger a sus residentes. La presencia de dichas construcciones sugiere que las fortificaciones fueron necesidades en medio de una coyuntura social específica y donde existía una necesidad por la seguridad. Este es uno de los aspectos que diferencia a los sitios de Acarí de los asentamientos Nasca temprano.

Las recientes excavaciones arqueológicas efectuadas en Amato [OCHO], un sitio fortificado y establecido a inicios del periodo Intermedio Temprano, demuestra que efectivamente que dicho periodo fue conflictivo. Las excavaciones fueron realizadas al interior de una estructura céntrica de forma rectangular, pusieron a la luz los restos de un total de 72 individuos, todos con indiscutibles signos de haber sido decapitados [NUEVE, 2, 3]. Confirmando que la ausencia de las respectivas cabezas es producto de la decapitación [DIEZ], los huesos cervicales denotan una serie de cortes [DIEZ 2]. Es preciso anotar que al lado de uno de los individuos decapitados se halló envuelto en un retazo [DIEZ 3] un instrumento de cuarzo que presenta uno de sus lados bastante afilado [DIEZ 4]. Este hallazgo deja abierta la posibilidad que éste fue tal vez el instrumento utilizado en el acto de la decapitación.

Junto a los cuerpos decapitados se hallaron muchas cuerdas de fibra vegetal [ONCE]. Las extremidades de algunos decapitados estaban atadas [ONCE 2] con dichas fibras, lo que denota el estado de cautivo de las víctimas. Mientras, los restos humanos fueron hallados en excelente estado de conservación, resalta la rara presencia de restos de tejidos y de vestimenta, lo que indica que las víctimas estuvieran desnudas previa al acto de la decapitación.

El análisis osteológico [DOCE] reveló que esta población está conformada por individuos de ambos sexos y todas las edades [TRECE]. Esto demuestra que la población en conjunto, y no sólo un grupo específico, fue el blanco de los ataques [CATORCE].

Además de determinar la edad y sexo de la población decapitada [QUINCE], el estudio osteológico reveló la presencia de muchas lesiones manifestadas en forma de huesos fracturados, especialmente del brazo [DIECISEIS]. Huesos como la radio y el cúbito son los que a menudo aparecen con fracturas que nunca llegaron a soldarse. Otras partes del esqueleto, como las costillas y los mismos omoplatos, también aparecen con fracturas que tampoco llegaron a

fusionarse y que denota que las víctimas fallecieron poco tiempo después de haber sostenido dichas lesiones. Importante es añadir que entre la población decapitada no se ha observado, excepto uno, fracturas sostenidas con anterioridad, lo que indica que con anterioridad esta población no participó en actividades violentas.

El análisis osteológico también permite conocer que las víctimas de la decapitación estaban constituidas por individuos de todas condiciones físicas. La mayoría de los individuos eran sanos y físicamente activos. Sin embargo, un buen número de la población adulta, tanto mujeres como varones, presenta artritis, una enfermedad degenerativa asociada con la edad [DIECISIETE]. La presencia de artritis indica que las víctimas de la decapitación efectuaron trabajos pesados, muchas de las cuales requerían de movimientos repetitivos. Otros individuos tenían una artritis bastante avanzada que posiblemente incluso les imposibilitó moverse con normalidad; no obstante dichas dificultades físicas, éstas también fueron igualmente decapitadas.

Resumiendo, la información proveniente de Amato es nueva e incluso muy diferente de todos los casos hasta hoy reportados para los contextos Nasca. En efecto, desde que las primeras cabezas trofeo fueron ubicadas hace poco más de cien años y el posterior hallazgo de esqueletos humanos sin las respectivas cabezas en contextos de sitios pertenecientes a la cultura Nasca, nunca antes se ha recuperado información que exprese tanta violencia. Por ejemplo, evidencias de decapitación en masa [DIECIOCHO] aún no se conoce para Nasca. En consecuencia, la evidencia de Amato provee información nunca antes conocido. Huesos fracturados, pies atados y ausencia de vestimenta, al lado de asentamientos fuertemente fortificados, denota el uso de la violencia en el proceso de la obtención de las cabezas.

Mientras Rowe postuló que las fortificaciones obedecieron a fuerzas externas, en este caso la supuesta agresividad Nasca, la nueva evidencia apunta a una situación interna al valle de

Acarí. Efectivamente, la violencia parece que fue entre los habitantes de los varios asentamientos del mismo valle [DIECINUEVE] y entre una población que muy probablemente mantuvo constante contacto. La presencia de muchos elementos culturales comunes en todos estos asentamientos, como la cerámica, apunta en esta dirección.

Aunque es difícil determinar el carácter de la violencia en Acarí, parece probable que los ataques fueron espontáneos y esporádicos, donde la sorpresa tal vez fue un factor importante. Dichos ataques posiblemente fueron entre asentamientos vecinos y el objetivo parece haber sido capturar a cualquiera persona, sin consideración de edad y sexo [VEINTE]. Al hacer esto, la intención parece que fue disminuir el número de residentes de los asentamientos enemigos. Esto a su vez se habría hecho con el propósito de debilitar a asentamientos específicos y de este modo tener acceso y control sobre los recursos del que dicha población se sostenía. En un valle como Acarí [VEINTIDOS], con limitados suelos agrícolamente importantes, la principal razón para los ataques y la captura de víctimas para la decapitación parece que fue el interés por acceder a los recursos de asentamientos vecinos, en este caso las tierras fértiles.

Quiero insistir que la evidencia de Acarí no debe ser generalizada para toda la costa sur peruana. En su lugar, el de Acarí es un caso excepcional y diferente de Nasca. Con esto quiero dejar en claro que las razones que conllevaron a la decapitación a lo largo de la costa sur parecen haber sido varias, siendo algunas más violentas que otras. La ausencia de asentamientos fortificados y hallazgos similares al de Amato en los valles ocupados por los Nasca sugiere que durante las fases tempranas del periodo Intermedio Temprano las condiciones sociales fueron más tensas en Acarí. Asentamientos extensos en los valles ubicados al norte de Acarí recién se hacen presentes durante las fases media y tardía del periodo Intermedio Temprano. Tal como muchos especialistas han advertido, este también fue el tiempo durante el cual escenas de

conflicto iniciaron a ser representados en la iconografía Nasca. Es posible que durante dichas fases la población Nasca se haya incrementado, llegando tal vez al extremo de sobre explotar sus recursos.

Un reciente estudio efectuado en el valle bajo de Ica y basado en el análisis del polen reveló una severa modificación en la secuencia del polen. Se informa que un notable cambio ecológico ocurrió, causando la eventual desertificación y la consecuente pérdida de suelos agrícolamente importantes. La tala indiscriminada del árbol huarango y la expansión agrícola habría traído consigo consecuencias desastrosas, como fue la violencia en el contexto de la cultura Nasca. Cuando los Nasca empezaron a ser envueltos en la violencia, sus vecinos de Acarí ya habían consumado sus energías y los pocos recursos. Los asentamientos fortificados habían quedado despoblados y los nuevos [VEINTIDOS] que llegaron a ser establecidos eran bastante modestas, levantadas de quincha y ningunas estaban fortificadas. Para terminar, el conflicto seguramente permitió a algunos celebrar la victoria, pero dicha victoria fue corta y pasajera. Al final, ganadores y perdedores tuvieron que afrontar las desastrosas consecuencias de la violencia.